

dos los menesterosos; y en vez de contentarse con dar oídos á los que pedían su ayuda, iban ellos mismos á buscarlos á sus moradas, arrostrando todo género de peligros. Así fué como dieron principio á una conquista más suave, sin valerse de otras armas que la palabra y el ejemplo; así fué como se esparcieron paulatinamente por el territorio nacional, descubriendo nuevos países, impulsando los adelantos de la geografía, estudiando la historia y las lenguas indígenas, perfeccionando las nociones que se tenían sobre agricultura, introduciendo nuevas artes, y ganando al mismo tiempo prosélitos del cristianismo y de la civilización.

Pero seguir el desarrollo progresivo de una y otro, es asunto de una obra especial que alguna vez se escribirá; nos limitaremos nosotros á señalar sus primeros pasos. Y como estos están inherentes á la vida apostólica de los religiosos que pisaron nuestro suelo recién hecha la conquista, señaladamente de los franciscanos y dominicos, ya que tratamos de los segundos, convendrá dar algunos apuntes biográficos de varios, que no por haber vivido en el retiro, son menos acreedores á las miradas de la

posteridad. Empezaremos por el fundador de la provincia de México

III

Fray Domingo de Betanzos

Nació este varón insigne en León de España, no se sabe á punto fijo el año ni el día. Desde sus primeros pasos en la vida, dió claras muestras de lo que alcanzarla en la edad proveyta, siendo por esta causa la delicia y la admiración de sus padres, que figuraban entre las más ilustres familias de la ciudad.

Luego que manifestó disposición para los estudios, le enviaron á la célebre Universidad de Salamanca, donde cursó con notable aprovechamiento, gramática, retórica y filosofía, aplicándose después á la jurisprudencia. Descolló tanto en el estudio de esta facultad, que en breve recibió en ella los grados de bachiller y licenciado.

Pero al mismo tiempo que cultivaba su entendimiento, ejercitábase en otro estudio más fructuoso, cual es el de la práctica del Evangelio, y de esta suerte crecía su alma en ciencia y en virtud.

Concedióle el cielo la rara felicidad de un verdadero amigo en el joven Pedro de Arconada, **mozo de buen ingenio y buena vida**, como le llama un biógrafo, y era su compañero no menos en los estudios que en el ejercicio de la caridad. Vivían juntos y aprovechaban todos los momentos que les dejaban libres sus atenciones en visitar los hospitales, en donde eran el consuelo de los enfermos, así por el empeño que ponían en aliviar sus dolencias, como por las limosnas que les daban.

No pocas veces se entregaban en su misma casa á tan laudable ocupación, llamando á dos pobres de los más menesterosos de la ciudad, á quienes aplicaban algunas medicinas, si estaban enfermos, y si no, los socorrían con dinero, ó los sentaban á su propia mesa, sirviéndoles como criados la comida. También los hacían dormir en sus camas, acostándose ellos en el suelo. ¿Se ven ejemplos de esta clase en nuestros días?

Entre tanto, la fama de sus virtudes se propagaba por toda la ciudad. Captábanse el aura popular sin pretenderlo; llegaron alguna vez á sus oídos las alabanzas de que eran dignos por sus merecimientos; mas esta popularidad que otros hubieran comprado aún á costa de

los mayores sacrificios, la conceptuaron ellos un gravísimo peligro, y determinaron no hacerle frente, sino huírle, apartándose del mundo.

Pasados algunos días, vemos á Pedro tomar el hábito de Santo Domingo en el convento de San Esteban de Salamanca, y á nuestro joven emprender el camino de Roma con ánimo de solicitar del Padre Santo la autorización competente para poder entregarse á la vida de ermitaño.

Obtiene un buleto que favorecía este intento, y para realizarle, se dirige á Nápoles, y de allí, en la barca de un pescador, á la isla de Ponza, donde pasa cinco años encerrado en una gruta incómoda y entregado á las asperezas de la más ruda penitencia. Respetemos esta determinación, hija de una alma nutrida con la lectura de las vidas de los anacoretas: no le apliquemos el metro inexorable con que averiguamos la distancia que recorre la locomotora en nuestros ferrocarriles, y el pensamiento en el alambre del telégrafo. A cada edad, sus elementos propios, su labor correspondiente en la grandiosa obra del progreso universal. Tocó á la nuestra admirar la trinidad magnífica del desarrollo moral, intelectual y material;

pero no desconozcamos la parte de influencia que han tenido las anteriores en los adelantos de la humanidad. Si hoy graduamos de inútil y ociosa la vida del retiro, hubo tiempo en que la moral y la ciencia se albergaron en su seno, y en él se mantuvieron vivos los fuegos del astro, que más tarde amaneció esplendente en medio de las tinieblas de la barbarie.

Pero el joven ermitaño se había equivocado en su elección de vida. La Providencia le destinaba á recorrer una senda más difícil y gloriosa. El siglo XV habla contemplado con asombro poco antes de expirar, el espectáculo de un nuevo mundo; y el que le siguió inmediatamente no apartaba la vista de las regiones descubiertas por el númen de Colón. Este período de actividad sin ejemplo, fecundo en conquistas y prodigios, que dió nuevo ser á los pueblos europeos aguijoneándolos para acometer las empresas más osadas; este período que vió nacer y realizarse las más locas esperanzas y los proyectos al parecer más absurdos, que hizo surcar los mares poco antes desconocidos á las naves de los hijos de Jafet, ávidos de contemplar el suelo americano; atlántide que renacía de entre las olas, paraíso re-

conquistado que volvía á brindar con sus delicias; este período fué en el que tuvo la buena suerte de vivir nuestro héroe. ¿Podía permanecer indiferente en medio de esta animación portentosa, de esta superabundancia de vida que rebosaba de un continente para precipitarse en otro continente? De ninguna manera.

Su alma noble sentía un abismo inmenso que no acertaba á llenar la meditación. Salvando á menudo el ámbito estrecho de la gruta, se trasladaba á un mundo lejano donde aires más puros le adormecían suavemente, apagando el intenso ardor que sin cesar la devoraba. El joven había perdido la paz que con tanto anhelo buscó en la soledad. De tarde, cuando subía al punto más elevado de la isla para orar á la luz del sol poniente, ya no le ofrecía atractivo ni el Vesubio con su diadema de llamas, ni la ciudad reclinada en la ribera sobre un tapiz de verdura, ni las islas vaporosas que asoman entre las olas del golfo, como ninfas que se bañan; fijábanse sus ojos en el Occidente, siguiendo hasta su término la superficie luminosa del océano, y una vez oculto el sol, parecía que le llamaba desde el seno del crepúsculo una voz misteriosa y divina.

No pudo resistir mucho tiempo á esta voz, y ella le hizo comprender su verdadero destino. Abandona la isla y vuelve á Salamanca. Determinado ya á tomar el hábito de Santo Domingo, entra al convento de San Esteban, donde Arconada le recibe con aquella exaltación de júbilo y ternura que sólo comprenden dos amigos que han dejado de verse por muchos años. Mas no pasan dos sin que se separen de nuevo para no volver á juntarse en el mundo. El P. Betanzos se embarca para la Española, y desde este instante presenta una nueva fase su existencia.

IV

Continuación.

Es imposible dejar de admirar más y más cada día los buenos efectos que produce el consorcio del cristianismo y la ciencia, especialmente en la vida práctica. Cuando se reflexiona en la conducta depravada de los conquistadores españoles, y en el tesón con que los primeros misioneros se oponían al maltrato y vejaciones de que los indios eran objeto,

queda el ánimo absorto al palpar la diferencia entre el carácter de unos y otros. Cualquiera pensaría que imbuídos en unas mismas creencias, vástagos de una misma raza, educados en la misma patria, bajo la influencia de idénticas costumbres, y partícipes de los beneficios de una misma civilización, todos tendrían iguales miras y se enderezarían á ellas por un mismo camino.

No era así ciertamente. Mientras el fraile aspiraba á conquistar almas para el cielo, sentíase el soldado inquieto con la pesadilla de los metales preciosos; cuando el primero creía ver en los ritos y en algunos objetos de la idolatría de los americanos, semejanzas con el sistema religioso del antiguo mundo, rebo-saba de alegría el compañero de Cortés al columbrar la ciudad de Cempoala, cuyos edificios al reflejar los primeros rayos del sol, le parecían de plata.

Consecuentes ambos con su idea favorita, procuraban realizarla cada cual á su modo, y en el trato con los naturales los separaba una distancia inmensa. El uno vela en ellos á los niños del Evangelio, á quienes era preciso atraer por medio de la caridad y la enseñanza á una creencia más pura; el otro los consideraba en su codicia únicamente como seres

explotables: aquél los amaestraba á un tiempo en las prácticas religiosas y en las artes, que hacen la vida menos desgraciada, y éste los reducía á esclavitud y los obligaba á trabajar como bestias, para centuplicar los productos de sus heredades.

Y esta diferencia nacía de que el rudo aventurero no atesoraba más ciencia que la de destruir, ni sentía otro estímulo que el de pasiones de baja ley, mientras el varón apostólico, ilustrado con las adquisiciones científicas de la época, comprendía el verdadero espíritu del cristianismo y encaminaba todos sus esfuerzos á difundirlo entre sus semejantes. De esta manera la propagación de la fe, que para el uno era nada más que un pretexto, en el otro era la realidad de sus proyectos filantrópicos, el pensamiento continuo y exclusivo que absorbía toda su existencia.

La suya consagró el P. Betanzos á tan santa causa. En la Española le contemplamos entregado á la sublime tarea de la predicación y de la conversión de los indios á la vida civil, no menos que á la defensa de los más caros intereses del hombre, cuales son la existencia y la libertad. "No trabajó menos el santo en plantar la fe en los indios, que en refor-

mar el desorden de muchos españoles. Es lástima aún ahora acordarnos de las crueldades y fierezas que nuestros españoles usaron, en particular en aquella isla y su comarca, en los pobres indios." Así se expresa á este respecto el P. Fr. Agustín Dávila Padilla; y en otro lugar de su crónica añade: "Bien se ha parecido por los efectos cuán maltratados han sido aquellos indios, pues ha quedado ya su tierra despoblada con haber sido tan famosa. Todo se acabó y despo- bló por el rigor y crueldad de algunos capitanes y soldados, que interpretando siniestramente las justas leyes de los reyes católicos, llamaban promulgación pacífica su violenta demanda de oro; y el no dársela, llamaban resistencia á la promulgación del Evangelio, y con esto los destruían."

Hácia este tiempo todavía se usaban los repartimientos ó encomiendas, especie de servidumbre contra la que tanto combatió el ilustre Las Casas. Del cronista ya citado, tomamos este dato sobre una de las ocupaciones á que solían los encomenderos dedicar á los infelices que les estaban sujetos. "Enviaban, (dice) á los indios á que buscasen oro en los ríos, y á las indias á que cultivasen las tierras en sus propias granjas y sem-

brados, sin darles de comer, más que una libranza en las yerbas y raíces del campo, y sin más paga que un ordinario disgusto de sus trabajos, pareciéndoles á los amos poco lo hecho, respecto de lo que los hambrientos de riquezas deseaban.”

Betanzos reprendía enérgicamente á los autores de tales excesos. Es un consuelo para el que medita ante el sangriento y lóbrego espectáculo de la historia, callar casi siempre al lado de los opresores quien abogue por las víctimas. Si la defensa no surte el efecto apetecido, si en la lucha con la maldad es derrotada, no por eso alcanza menos prez; su gloria reside no precisamente en el triunfo, sino en la proclamación de la justicia ante la violencia, en la protesta incesante y audaz de la libertad ante la tiranía.

Tal fué el noble papel que desempeñó Fr. Domingo durante su residencia en la Española, hasta que movido por las instancias del P. Fr. Tomás Ortiz, y ansioso de nuevas conquistas, se vino con él á México.

Ya dijimos lo bastante acerca de esta peregrinación, de las circunstancias que la acompañaron, y de su término final, que fué el establecimiento de la orden

dominicana en esta capital, de donde se extendió por toda la entonces Nueva España. Réstanos seguir los pasos de nuestro excelente fraile después de la fundación

Inútil parece advertir que su conducta en el nuevo teatro á que le llamó la Providencia, no desdijo en nada de la que había observado en la España, señaladamente con respecto á los indios.

En efecto, él fué su constante patrono, y abogó siempre porque se les tratase con los miramientos debidos á su dignidad de hombres. Con este objeto, y para dar una lección severa á los que medraban con el trabajo y vida de los infelices naturales, desecho siendo prior de este convento la propuesta del gobernador Alonso de Estrada, que tenía comisión del Emperador para dar pueblos en encomienda, sobre que los de Cuitlahuac, Mexquic, Zumpango y Xaltocan, que están fundados en la laguna, tributasen al convento de Santo Domingo, en pescado fresco, lo que habían de tributar en dinero y maíz á otro encomendero.

En esta repulsa no sólo tuvo por mira el bienestar de los mexicanos, sino la santidad de costumbres de los regulares, á quienes quiso mantener en el estado de pobreza evangélica que profesaban.

Por esta misma causa rehusó siempre admitir rentas y tener haciendas, aunque con importunos ruegos le ofrecían los ciudadanos de México grande cantidad de dinero y posesiones.

Parecióle más conforme al espíritu de su instituto, vivir de mendicidad; y consecuente con esta idea, enviaba diariamente á sus frailes por las calles de dos en dos con argüenas al hombro, que pidiesen la comida por amor de Dios. Si alguno de estos buenos religiosos, salvando los umbrales de la muerte, apareciese hoy en medio de nosotros, ¿qué pensaría de nuestras contiendas por unos bienes que vieron ellos con tanto desprecio y aun aversión?

Pero no sólo estableció que en común careciese de propios toda la provincia, sino que en particular cada fraile fuese muy pobre: "vestíanse, como afirma el cronista ya citado, de una jerga gruesa que se hacía entonces. Era el sayal muy tosco y las ropas cortas y angostas, por el orden que mandan las constituciones. La túnica era una ropa á raíz de las carnes, y luego el hábito llamado saya, y escapulario y capilla de lo mismo."

Todos, aún los preladós, caminaban á pie, y no había excepción de esta regla, ni tratándose de largas distancias, como

de México á Tehuantepec. Sería verdaderamente pasmoso ver á un anciano como Fr. Domingo, atravesar las ásperas serranías de Oaxaca y Chiapas, para ir á fundar su orden á Guatemala: al volver á la capital encontró en el camino á Pedro de Alvarado, que ya sincerado en la corte de los cargos que contra él pesaban, regresaba con gran pompa y acompañamiento á Guatemala, como gobernador y capitán general de aquellas provincias. ¡Singular contraste el de aquellos dos hombres, uno de los cuales viajaba con un séquito regio, mientras el otro no llevaba consigo más recursos para subsistir que la pobreza, ni más compañeros que su báculo y su brevario!

Antes de pasar á bosquejar los progresos ulteriores de la orden de Santo Domingo en nuestro país, no conviene apartarnos de los primeros años de su fundación, sin referir dos casos que patentizan la benéfica influencia que ejercían los frailes en aquella época. Corresponde el primero al orden público. Dejemos hablar al P. Fr. Antonio de Remesal.

"En los primeros días del gobierno de Alonso de Estrada, hubo ciertas palabras entre Diego de Figueroa, vecino

de México, y Cristóbal Cortejo, criado de D. Fernando Cortés, que salió herido de la pendencia, y sin darle lugar á que se curase, en término de una hora, sin acusación de parte, se hizo Estrada fiscal y juez, y le sentenció á cortar la mano izquierda, sin oírle ni admitirle apelación. Y al escribano que le notificó la sentencia, por harto liviana ocasión, maltrató de palabra y obra.

“Cortada la mano á Cortejo, le mandó volver á la cárcel, porque juntamente le sentenció á destierro de toda la Nueva España, para hacerle cumplir el día siguiente esta segunda pena. Temíase este colérico gobernador de que D. Fernando Cortés, que había sentido, como era razón, la desgracia de su criado, procurándola vengar, ya que no la podía deshacer, se volviese contra él. Y tomó á censo otra inconsideración, y envió á notificar á D. Fernando Cortés, que se saliese de la ciudad, y que so pena de la vida no quebrantase el destierro. Abrasóse México con este decreto, y acudió toda la ciudad á D. Fernando, ofreciéndose á impedir su salida, con todo el daño posible de quien la mandaba hacer. Pero mientras más gente acudía á casa de Cortés con este intento, él se daba más prisa á aprestarse para cumplir su

destierro: cosa que se tuvo por ejemplo digno de inmortal alabanza de D. Fernando Cortés, y de su gran valor, prudencia, y respeto á los ministros del Rey, porque estuvo en su mano usar con Alonso de Estrada, el término que habla usado con él, y peor que el que ejercitó con su criado Cristóbal Cortejo.”

A este extremo hablan llegado las cosas, cuando nuestros frailes se presentan por primera vez en la capital. Hállanla dividida en dos bandos; pero en lugar de entrar á las filas de alguno y atizar la discordia, deploran esta desgracia como una horrible calamidad, y emplean todos los recursos que les ministraban su ingenio y su sagrado carácter, en conjurarla ó por lo menos aplicarle algún remedio. “Rogaban á unos, suplicaban á otros, poníanse de rodillas á los pies de quien querían persuadir dejase el enojo contra su prójimo, y si era menester, sacaban del corazón lágrimas vivas, testimonio de su gran caridad, para mover á más compasión de los daños que de no hacer lo que pedían, se podían seguir. Ejercitáronse en esto muchos días hasta dar fin á la guerra civil, que se trazaba por el destierro de D. Fernando Cortés, el P. Fr. Tomás Ortiz y el P. Fr. Domingo de Betanzos.

que de todos sus compañeros eran los que más salud tenían. Y por orden suya, para confirmación de las paces, D. Fernando Cortés sacó de pila á un hijo de Alonso de Estrada, que le nació estos días: y tratándose de allí adelante los dos gobernadores de compadres (parentesco de grande unión en aquellos tiempos, y no poco celebrado en éstos), nunca jamás tuvieron diferencia alguna." ¡Qué no hayan vivido en nuestros días algunos eclesiásticos de esta especie! ¡Cuánto menores serían los males que tuviéramos que deplorar!....

El segundo de los casos á que nos referimos, mira al orden privado, y es una escena de costumbres.

En la casa del marqués del Valle, que comprendía varias de las que dan frente á la plazuela del Empedradillo, están reunidos algunos amigos de aquél, con ánimo de divertirse. Propone uno jugar, por vía de pasatiempo, y queriendo que al pensamiento corresponda luego la ejecución, arroja sobre una mesa los naipes que ya traía consigo. Opónese el marqués con otros de los concurrentes, haciendo memoria de los rayos lanzados desde el púlpito por el P. Betanzos contra los excesos del juego: hay sesudas

observaciones de parte de unos, y clamores y acaloramiento de parte de otros; mas al fin prevalece la idea de los que deseaban jugar.

Siéntanse todos al rededor de la mesa, y en breve no se oye más ruido que el de los naipes al escapar de manos del banquero, y el del oro, que circula con profusión.

Todos los rostros están desencajados, las miradas fijas en un centro común, las respiraciones fatigosas ó contenidas: no se hace uso de la palabra sino para expresar el gozo por el acierto, ó prorrumper en desalmados juramentos por la derrota.

Entre tanto, el cielo se ennegrece: es de tarde y empieza á faltar la luz. Invaide el cenit una nube inmensa, agitando sus desiguales partes como los negros miembros de un monstruo: fulmina, truena y vomita de su seno un aguacero tan copioso, que amenaza á la ciudad con un nuevo diluvio.

Los habitantes están consternados: muchos, en medio de su turbación, publican á voces sus culpas. El agua que inunda las calles, se introduce con estrépito en las casas bajas.

Entre tanto, los jugadores siguen impasibles en su malaventurado entrete-

nimiento: todos parecen ceder á una fascinación diabólica. A la luz del sol que los envolvía en una claridad apacible, ha sucedido la artificial que derrama una bujía colocada en la mesa, y que alumbra sus semblantes pálidos y descompuestos con siniestro resplandor.

De súbito el edificio todo se estremece, cruje el techo, y un rayo que cae á plomo sobre la mesa, la hace astillas...

En medio de la obscuridad, humo y polvo que siguieron á este instante indefinible, apenas se logra ver á los actores de la escena, helados de espanto, con los ojos fuera de las órbitas y tendidos en el suelo.

—¡Castigo del cielo!

—¡Favor! ¡favor!

—¡Dios mío, piedad!

Tales son las únicas palabras que se oyen en la sala luego que empieza á renacer la serenidad en aquellos ánimos conturbados.....

El día siguiente amaneció tranquilo y alegre: asomó la aurora por el horizonte, pura y divina, como una sonrisa de la naturaleza.

Todavía las calles estaban en parte inundadas y en parte cubiertas de cieno; pero en las acequias que atravesaban la ciudad, la agua espejeaba, y de trecho en

trecho ofrecía á la vista el animado cuadro de las canoas y las chalupas cargadas de verdura y flores.

Una brisa sutil, enriquecida con los perfumes de los jardines y bosques del valle, acariciaba los sentidos como una emanación del paraíso.

Los habitantes de la capital, formando corrillos, no hablaban de otra cosa sino de la tempestad pasada, y del suceso lastimoso que tan fatal pudo haber sido á Cortés y sus amigos. Alegrábanse, sin embargo, al saber que ninguno había padecido grave daño. Y como todas las impresiones se borran pronto del corazón, desvanecido el temor de la víspera, volvían á su puesto la tranquilidad y la confianza.

Pero mientras los pacíficos vecinos se entregaban sin zozobra á las delicias del presente, ocurría en el convento de Santo Domingo algo que llamaba la atención.

Arrodillados ante un fraile se veían en el claustro algunos caballeros engalanados con primor.

Era el fraile un anciano pobremente vestido, pero de un rostro venerable en que asomaba la limpieza de corazón; uno de esos rostros modestos y animados á un tiempo, que como el de algunos bien-

aventurados que admiró el Dante, insinúan la caridad, "visi á caritá suadi."

Los caballeros inclinan la frente y clavan los ojos en el suelo, atreviéndose apenas á desplegar los labios.

Rodeado de ellos el anciano permanece en pie, con los brazos cruzados, mirándolos con amor.

Tras algunos instantes de silencio, uno de los caballeros, el que entre todos parece de más autoridad, toma la palabra para manifestar que vienen con objeto de confesar una falta y pedir á Dios perdón. Entregáronse al juego el día anterior: profirieron varios juramentos; se olvidaron del cielo; pero el cielo tronó contra ellos, desató uno de sus rayos, y este rayo antes fué de misericordia que de ira, porque sólo sirvió para hacerles conocer su error y encaminarlos al arrepentimiento. Ruegan por lo mismo al anciano que implore por ellos la divina clemencia.

Este anciano era Fr. Domingo de Betanzos.

V

No son hombres los indios

Tal es el prestigio saludable de que rodean al hombre las sólidas virtudes. Pero nuestro apóstol no se aprovechaba del suyo sino para bien de sus semejantes, y especialmente de los oprimidos, los desdichados indios, cuyos padecimientos aliviaba siempre que estaba en su mano. Aunque ajeno á la política por razón del ejercicio de su ministerio, no lo estaba á la compasión que excitan las miserias de la especie humana, cuando son causadas por los errores ó la mala fe de los que tienen en su poder la felicidad ó desgracia, la vida ó la muerte de los hombres. Entre el partido del tirano y el del siervo no era dudosa su elección.

Más de una vez tuvo ocasión de demostrarlo; pero ninguna con más veras que cuando cegados los encomenderos por su sórdida codicia, no sólo vejaban á los indios, sino que para hacerlo á mansalva y establecer la servidumbre sobre inalterables bases, llegaron á idear la mayor ofensa con que podían zaherirlos, negándoles la racionalidad. "No son hom-

bres los indios, se oyó decir por todas partes: apliquémoslos al trabajo con dureza, y si parecen abrumados bajo el yugo, al fin son bestias."

El buen sacerdote quedó mudo de estupor al escuchar tales palabras que envuelven un concepto tan injurioso á la dignidad humana. Escandalizado de que hombres que blasonaban de cristianos las profiriesen y divulgasen, sintió conmovido su corazón de una manera extraña; y ardiendo en un celo de que sólo es capaz el hombre en los más floridos años de su vida; por la honra de la religión que ha proclamado el santo dogma de la unidad de nuestra especie; por la honra del nombre español, comprometido ante el tribunal inapelable de la historia y la filosofía, resolvió oponerse con todas sus fuerzas, con la omnipotencia de la virtud y la palabra, á la adopción y propagación de tan absurda y sacrílega doctrina.

Y consiguió su objeto.

Empuñaba á la sazón las riendas del gobierno de esta provincia. La influencia que le daba el puesto, acrecentaba la que ya antes ejercía por sus demás merecimientos. Siendo esto así, ni había dificultades que no desatara su ingenio, ni estorbos que su caridad no removiera;

y apadrinando la causa de los mexicanos como si fuera propia, lo que en favor de ellos no conseguía en el púlpito, lo intentaba en las conversaciones privadas con los encomenderos, interponiendo la mediación de sus comunes amigos, patentizando el error con argumentos vigorosos y avasallando por fin las voluntades.

Hizo más.

Persuadido de que una declaración de la Santa Sede sobre este particular, sería decisiva, envió á Roma á solicitarla al P. Fr. Bernardino de Minaya, varón docto é infatigable en las tareas apostólicas. Sus instrucciones se redujeron á pedir "declaración de que los indios son hombres y capaces de sacramentos."

Minaya apresuró su viaje, y sin detenerse más de lo preciso en los puntos de su tránsito, llegó á Roma y obtuvo de Paulo III, sin tropezar con el menor inconveniente, lo que pretendía.

Consta la declaración de S. S. en una bula, que por no ser conocida de todos nuestros compatriotas, nos parece que no será mal vista en este lugar. Por ella se vendrá en conocimiento que si algunos Papas comprometieron su dignidad por la ambición y aún la codicia; si el gobierno temporal y los cuidados que

exige les hicieron no pocas veces perder algunos palmos en la consideración universal, nivelándolos con los demás reyezuelos de Itatlia; si el tráfico de las cosas sagradas en que empleaban una mano, impedía á la otra empuñar bien el cayado del pastor, y finalmente, si el esplendor de la tiara llegó á poner en olvido la aureola de santidad que circundaba la venerable frente de los inmediatos sucesores de San Pedro, no obstante es menester convenir que una de las glorias del pontificado ha sido el velar sobre la libertad de los pueblos, fulminando anatemas contra los tiranos, y que si alguna vez fomentó la sed de conquististas de los reyes, nunca prestó su ascenso á la violación de los sacrosantos fueros de la humanidad.

El documento á que nos referimos, traducido del latín, es del tenor siguiente:

“Paulo Papa III. A todos los fieles cristianos que las presentes letras vieren, salud y bendición apostólica. La misma verdad, que ni puede engañar ni ser engañada, cuando enviaba los predicadores de su fe á ejercitar este oficio, sabemos que les dijo: “Id y enseñad á todas las gentes.” A todas, dijo, indiferentemente, porque todas son capaces de re-

cibir enseñanza de nuestra fe. Viendo esto y envidiándolo el común enemigo del linaje humano, que siempre se opone á las buenas obras para que perezcan, inventó un modo nunca antes oído, para estorbar que la palabra de Dios no se predicase á las gentes, ni ellas se salvaran. Para esto movió algunos ministros suyos, que deseosos de satisfacer á sus codicias y deseos, presumen afirmar á cada paso que los indios de las partes occidentales y las del mediodía, y las demás gentes que en estos nuestros tiempos han llegado á nuestra noticia, han de ser tratados y reducidos á nuestro servicio como animales brutos, á título de que son inhábiles para la fe católica; y so color de que son incapaces de recibirla, los ponen en dura servidumbre, y los afligen, y apremian tanto, que aún la servidumbre en que tienen á sus bestias apenas es tan grande como la con que afligen á esta gente. Nosotros, pues, que aunque indignos, tenemos las veces de Dios en la tierra, y procuramos con todas fuerzas hallar sus ovejas, que andan perdidas fuera de su rebaño, para reducir las á él, pues es este nuestro oficio, conociendo que aquestos mismos indios como verdaderos hombres, no solamente son capaces

de la fe de Cristo, sino que acuden á ella corriendo con grandísima prontitud, según nos consta; y queriendo proveer en estas cosas de remedio conveniente, con autoridad apostólica, por el tenor de las presentes, determinamos y declaramos, que los dichos indios y todas las demás gentes que de aquí adelante vinieren á noticia de los cristianos, aunque estén fuera de la fe de Cristo, no están privados ni deben serlo de su libertad, ni del dominio de sus bienes; y que no deben ser reducidos á servidumbre: declarando que los dichos indios y las demás gentes han de ser atraídos y convidados á la dicha fe de Cristo, con la predicación de la palabra divina y con el ejemplo de la buena vida. Y todo lo que en contrario de esta determinación se hiciere, sea en sí de ningún valor ni firmeza: no obstante cualesquiera cosas en contrario, ni las dichas, ni otras en cualquier manera. Dada en Roma, año de mil y quinientos y treinta y siete, á los nueve de Junio, en el año tercero de nuestro pontificado.”

Con declaración tan solemne alcanzó Betanzos una victoria que ya nadie se atrevió á disputarle. Los pasos anteriores de su carrera evangélica nos revelan la celsitud de su carácter, siendo

otros tantos títulos que le hacen digno de eterno galardón; pero este fué y será siempre su mejor timbre.

VI

Nuevas Empresas.—Ultima peregrinación

La planta había arraigado y era ya un árbol que crecía vigorosamente, albergando en su frondosa copa á las aves del cielo, y convidando con su sombra al cansado peregrino. Sin embargo, era menester que al rocío bienhechor que descende de las regiones del bien, se asociara el riego del hombre para que las raíces no sólo profundizasen en la tierra, sino que se extendieran por todas partes, echando hijos que llegaran á ser con el tiempo otros tantos árboles excelsos.

Betanzos comprendió esta necesidad, y se dedicó á satisfacerla con un cariño verdaderamente paternal. Fundado estaba el edificio de su religión: veíase enarbolado en la cima el magnífico estandarte donde había escrito “Amparo y protección á los desvalidos.” Pero era menester que esta enseña flamease en los más remotos